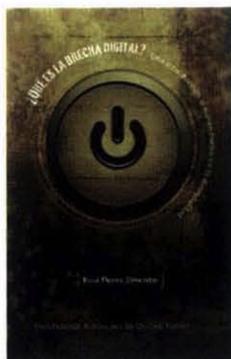


Manuel Loera de la Rosa



Raúl Flores Simental, ¿Qué es la brecha digital? Una introducción al nuevo rostro de la desigualdad. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 2008.

Acercándonos a las líneas del texto de Raúl Flores Simental, es necesario identificar en qué niveles se escribe esta obra y cuáles son sus propósitos fundamentales. En cuanto a lo primero, en los cuatro capítulos iniciales, de los siete que contiene su trabajo, nos ofrece un recuento del estado en que se encuentra la discusión teórica sobre los impactos y alcances sociales de lo que algunos autores

denominan la revolución informática.

Como recuento de la posición de los autores esenciales, Flores Simental, de una manera muy sencilla, articula la discusión de los teóricos más reconocidos. De forma breve expone y contrapone lo central de sus argumentos, dándole suficiente espacio a la voz de quienes con una visión sumamente optimista, como es el caso de Alvin Toffler o Jeremy Rifkin, encuentran que las transformaciones que trae consigo la emergencia de las nuevas tecnologías de información y comunicación tiene la trascendencia de una verdadera revolución. Con repercusiones en el ámbito tecnológico, en los procesos productivos, en las ocupaciones, desde luego que en todos los procesos formativos, pero en especial en el ámbito de la sociedad, pues genera condiciones para que cualquier individuo, con cierta independencia de su inserción, las aproveche para mejorar en prácticamente todos los planos, incluido

desde luego el laboral.

De igual forma nos presenta las posturas de quienes mantienen posiciones más escépticas sobre los efectos de este proceso que también denomina "globalización digital". Para estos, situados en el otro extremo, el aprovechamiento de las nuevas tecnologías, como otros muchos procesos dentro de una sociedad capitalista, es muy desigual y, por lo tanto, debe examinarse en cada plano, antes de establecer una visión global de su verdadero impacto. Para empezar, este grupo ve con demasiadas reservas la generalización de este cambio tecnológico, porque se trata de mercancías que tienen un costo y deben adquirirse a precios inalcanzables para infinidad de grupos sociales. En el mejor de los casos estos segmentos de la sociedad internacional, cuando llegan a tener acceso a estas innovaciones, lo consiguen tardíamente, accediendo a instrumentos, equipos y plataformas informáticas obsoletas.

En el ámbito de los impactos sociales, quienes sostienen una postura crítica encuentran que la tecnología no es neutra y que, como instrumento para mejorar la productividad de los procesos productivos, fue concebida para propiciar la transnacionalización de las grandes empresas dominantes, localizadas en los países más desarrollados. Estas grandes innovaciones de carácter productivo, lejos de generar una base para facilitar la convergencia entre individuos y comunidades del mundo, refuerzan la base material para que las grandes empresas aumenten el control sobre la mayoría de los mercados en el mundo, fortaleciendo su hegemonía y empeorando la posición de quienes se encuentran al margen de estos grandes cambios.

Adicionalmente, Flores Simental encuentra lugar para destacar la reflexión de Manuel Castells como una postura intermedia a la que denomina "optimismo mesurado". Destaca que lejos de

los críticos más severos, Castells reconoce el potencial que ofrece internet como instrumento para ampliar los márgenes de libertad de los individuos, pero sin dejar de lado el reconocimiento de que hay una "gran cantidad de seres desconectados".

En cuanto a su propósito, el autor, en su balance, nos muestra otra perspectiva sobre el verdadero efecto social de la implantación de las nuevas tecnologías, que ofrece conclusiones muy alejadas de la información y conocimiento dominantes. Así, después de leer estos primeros capítulos la candidez e ingenuidad con la que la mayoría de nosotros aceptamos los beneficios de la "revolución digital" cambia de sentido, para dar lugar a cuestionamientos y dudas que Flores Simental se propone despejar en los últimos capítulos, en los que nos ofrece las evidencias empíricas de que el cambio tecnológico por sí mismo no genera las bases de una profunda transformación social

Un elemento que otorga un valor singular a estos primeros apartados de este libro, es que el autor nos presenta las voces de los pensadores más escuchados en este debate, sin que su posición sea perceptible; de este modo, a pesar de que la intención de la obra sea documentar y explicar el significado de la brecha digital, uno puede captar de una manera más directa las partes esenciales de cada postura, sin que aparezca su opinión. Esta neutralidad autocontenida debe agradecerse, pues facilita la lectura y nos prepara para conocer con una actitud más objetiva, la parte empírica del libro.

En el quinto capítulo se examina la experiencia que en los procesos educativos se ha vivido con el llamado *e-learning*; aquí nos remite a la emergencia de las tecnologías educativas, como un fenómeno que trata de aprovechar las novedades tecnológicas disponibles desde la Segunda Guerra para responder a demandas

educativas que tendían a masificarse rápidamente. El asunto de fondo en este apartado es dar con las claves para asegurar un máximo aprovechamiento de las nuevas tecnologías, y para ello debe trascenderse el discurso optimista, que en la palabras del autor hace "... aparecer a la educación virtual como la fase última y más acabada de la educación."; pues el problema no es de índole tecnológica, sino pedagógico y social. Se trata de una situación única, que toca las bases del modelo tradicional de aprendizaje y que requiere una atención detenida y nuevas estrategias de aprendizaje que desplieguen y mejoren la capacidad para aprender autogestivamente.

De paso nos anticipa que la abundancia de información, disponible en este nuevo ambiente para el aprendizaje no basta, pues no es un asunto de potencial de almacenaje de datos, el que resuelve el reto que impone la crecida disponibilidad

de recursos informáticos, sino de capacidad para explotar y utilizar adecuada y oportunamente las nuevas tecnologías. También encuentra que, a diferencia de otros momentos de cambio en los paradigmas pedagógicos, no puede dejar de reconocerse que muy poco puede avanzarse si no se generan las bases para que los docentes conozcan y dominen a fondo el uso de estos recursos, pues en muchos casos quien está "fuera de las puertas electrónicas" es el magisterio.

En el apartado siguiente, el autor reconoce que la brecha digital no es más que otra expresión de la desigualdad social; en este sentido, la emergencia de las nuevas tecnologías lejos de cerrar la distancia entre naciones, regiones, grupos y segmentos sociales, contribuye a incrementarla. Así, la postura de la CEPAL toca el centro del problema, pues en ella se reconoce que una fuente importante de las desigualdades proviene de la "altísima

concentración en los países desarrollados del progreso técnico". De esta forma la brecha digital viene a sumarse y a reforzar los factores que tienden a ampliar la distancia entre los países desarrollados y los rezagados.

Sin embargo, dado el carácter compulsivo del proceso de globalización, especialmente impulsado por este cambio tecnológico, el autor comparte con Castells la importancia creciente que debe otorgarse a los procesos formativos, pues con la propagación de internet, la educación se presenta como el mejor instrumento para insertarse en la sociedad de la información. Pareciera entonces que las nuevas tecnologías entrañan riesgos y oportunidades, y que la clave está en diseñar y poner en práctica estrategias apropiadas para aprovecharlas. Pero ocurre que la definición de tales estrategias depende de una comprensión cabal del verdadero impacto de las nuevas tecnologías y por ello al final del sexto capítulo resume

las posturas de autores que lideran las nuevas posturas teóricas sobre la sociedad de la información.

En ese balance destaca la idea de Lisa Servon, de que la brecha digital emerge y se reproduce por la existencia de fuerzas del mercado, disponibilidad inequitativa de infraestructuras, procesos de segregación en marcha y la ausencia de políticas públicas compensatorias. De Dominique Wolton recoge la reflexión de que la "brecha" es "reflejo de una condición del subdesarrollo humano en el que los aspectos culturales y sociales trascienden a lo tecnológico". La posición de Álvaro Cuadra presenta un cuestionamiento más profundo, pero esencial, que implícitamente retoma las posiciones más radicales de los teóricos de la dependencia, quienes postulaban que el problema no estaba en las condiciones de una inserción tardía y desventajosa, sino en la inserción misma, pues era ésta la que originaba y reproducía las

condiciones de segregación y desigualdad. Finalmente nos presenta la posición de Rifkin, quien en este aspecto se torna pesimista, afirmando que la brecha digital es y será mucho más amplia que la tradicional que mide la distancia entre "poseedores y desposeídos".

En suma, esta obra debe leerse porque nos ofrece una visión panorámica del estado actual del debate sobre los alcances y límites de las transformaciones sociales que nos trajo la adopción generalizada de nuevas tecnologías; visión en la que no está ausente la postura del autor, pero sus posiciones siempre aparecen en un segundo plano, muchas veces implícitas en la exposición de los argumentos de los autores más citados, y en ocasiones reconocidos; recurso retórico que, sin duda, contribuye a que este libro sea más claro y disfrutable. En esta línea, una obra como ésta, tan bien lograda en todos sus aspectos, tan oportuna y novedosa, tan bien

escrita, puede incorporarse como obra pionera al acervo, aún inexistente, de libros de texto, que mucho provecho harían a las nuevas generaciones de jóvenes estudiantes que probablemente, por su condición de "alfabetos informatizados", no se han percatado de los límites de las nuevas tecnologías.